

Conversación sobre Octavio Paz

Presentación de Celso Lafer

En 1984, para celebrar los 70 años de Octavio Paz, Haroldo de Campos y yo iniciamos, por sugerencia de Fernando Mitre, un diálogo estructurado sobre la obra del escritor mexicano, que se materializó en un texto publicado en 1984 (Jornal da Tarde, 26 de junio), texto que ahora se reimprime para conmemorar el Nobel de Literatura otorgado a Paz (Revista USP, diciembre-enero-febrero 1990-1991). A lo que se dice en ese diálogo, que mantiene, a mi ver, su pertinencia, cabe añadir dos notas para el lector interesado.*

La primera, para consignar que la magnífica transcreación poética de Blanco realizada por Haroldo de Campos, de la que se habla en el diálogo, fue publicada en 1986, en un bello volumen titulado Transblanco, que incluye también, además de otras traducciones de Haroldo de Campos de la poesía de Paz, correspondencia y textos sobre la trayectoria poética de éste.

La segunda, para apuntar que los cambios ocurridos en el mundo, particularmente después de 1989, simbolizados por la caída del muro de Berlín, fueron objeto de una importante reflexión de Octavio Paz: Pequeña crónica de grandes días (1990).

Entre las cosas que cabe subrayar de este libro, merece especial mención el hecho de que aquello que está ocurriendo corresponde a la idea de Paz sobre la libertad como el campo de lo creativo y de lo inesperado, que se torna conciencia al reflejarse en la palabra. En este sentido, destaco su observación sobre la revisión radical, que hoy caracteriza a la antigua URSS, de los principios en que se fundamentaba el «socialismo real» y que está sucediendo, recuérdese, en el contexto de la «sublevación de los particularismos» a que él hacía referencia en su libro Tiempo nublado (1983).

* El presente texto se traduce a partir de su reedición recogida en Octavio Paz-Haroldo de Campos, Transblanco (En torno a Blanco de Octavio Paz), Editora Siciliano, São Paulo, Brasil, 1994 (2ª ed.).

Esta revisión, realizada por Paz, indica la relevancia de su crítica anterior a El ogro filantrópico y la fecundidad de su estilo de análisis político basado en el método que llamé de los «desenmascaramientos sucesivos». Es en este contexto en el que se inserta su discusión sobre los cambios de la situación mexicana y de su proceso de modernización, discusión que obedece al diálogo que caracteriza a la obra de Paz, entre lo general y lo particular, en el juego de las conjunciones y disyunciones de los signos en rotación, siempre animado, insisto, por una vocación libertaria y no conservadora, que es inherente a su sensibilidad de poeta y al inconventionalismo de su pensamiento.

Haroldo de Campos: Debo a tu mediación mi contacto inicial con Octavio Paz, contacto que, con el tiempo, se convirtió en intercambio de cartas y amistad personal. Pues bien: recuerdo que, cuando me hablaste del interés de Paz por la poesía concreta brasileña y me propusiste que tradujese al portugués poemas de Octavio, tú llegabas de una estancia en Cornell, donde fuiste alumno y te hiciste amigo del poeta de *Libertad bajo palabra*. ¿Cómo se produjo este encuentro americano con Paz, en una época en que tú (es verdad que siempre vinculado a intereses por la literatura y por la cultura en un sentido amplio) escribías una tesis doctoral bastante específica, una aproximación jurídico-político-económica al Programa de Metas del Gobierno Juscelino? ¿Cómo combinaste las dos cosas y en qué medida Paz respondía a tus preocupaciones teóricas y críticas de aquel momento?

Celso Lafer: Cuando supe, en Cornell, que Paz iba a impartir un curso en el primer semestre de 1966, quedé especialmente interesado. Yo había leído, con entusiasmo, *El laberinto de la soledad* y conocía algo de su poesía. En la primera entrevista que tuvimos, necesaria para ser aceptado en el curso, Paz, al saber que yo era un alumno de postgrado en Ciencias Políticas, me dijo en seguida que su curso versaría sobre la poesía desde el simbolismo a nuestros días y que, por consiguiente, la política *stricto sensu* no iba a ser examinada. Le contesté que ya lo sabía, pero que deseaba hacer el curso de todas formas, pues el asunto me interesaba. Fui aceptado y debo decir que, para mis orientadores del Departamento de Gobierno, esta elección y esta materia, en mi *curriculum* académico, siempre parecieron un poco extrañas. No era, sin embargo, una elección ajena a mis preocupaciones.

Yo había escrito, antes de ir a los Estados Unidos, como parte de mi paso incompleto por el Curso de Letras de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de Sao Paulo, un pequeño libro —*Lo judío en Gil Vicente* (1963)— y un largo ensayo sobre «El problema de los valores en *Os Lusíadas*» (1965). En estos dos trabajos intenté, por una parte, siguiendo el magisterio de Antonio Candido, analizar la función

ejercida por la realidad social, históricamente localizada, en la constitución de la épica de Camoens y de un aspecto del teatro de Gil Vicente; por otra parte, en un camino inverso, aunque complementario, busqué descubrir elementos básicos y explicativos de la sociedad, a partir de la obra literaria. Era, así pues, consciente de que la literatura también se ofrece como un texto, abierto a la lectura, de interés político.

Además de eso, yo había acabado de completar, en el semestre anterior, el curso de Hannah Arendt sobre «Experiencias políticas del siglo XX». En este curso, siguiendo el ejemplo de lo que hizo en *Los orígenes del totalitarismo* —en el que examinó el antisemitismo moderno también a través de las novelas de Disraeli y de la obra de Proust, o el imperia- lismo europeo con un apoyo en una obra de ficción de Joseph Conrad—, Hannah Arendt se sirvió, en sus clases, de las artes y la literatura. Poemas de Brecht y de René Char, novelas de Faulkner, Hemingway, Ernst Jünger, Malraux, Sartre y Thomas Mann, la pintura de Picasso, Bracque y Matisse fueron utilizados por ella para fundamentar una reflexión sobre el problema de la ruptura entre el pasado y el futuro, que caracteriza la experiencia política del mundo contemporáneo. Estaba, por tanto, en aquella ocasión, más que convencido de que el curso que yo pretendía hacer con Paz habría de ser un curso abierto a lo que está más allá de los propios confines, susceptible también de esclarecer las relaciones entre el ángulo interno de la obra literaria y el ángulo externo que la abarca y circunscribe.

Evidentemente, no quedé decepcionado. El curso de Paz anticipaba, en cierto modo, lo que posteriormente discutió, de manera más acabada, en *Los hijos del limo* (1974), en el cual, a partir de la perspectiva de un poeta hispanoamericano, intentó describir el movimiento poético moderno y sus controvertidas relaciones con lo que llamamos *modernidad*, o sea, el racionalismo y el progreso. De ahí, en la poesía moderna, el diálogo contradictorio con y contra las revoluciones modernas y las religiones cristianas; la tentación política y la religiosa; la interacción entre analogía e ironía; la esperanza y la desesperanza, en la visión del universo como un sistema de correspondencias.

Esta reflexión de Paz sobre la experiencia poética guarda relación, a mi modo de ver, con sus anteriores análisis de la experiencia política. Me refiero a *El laberinto de la soledad* (1ª edición, 1950), completado en 1970 con *Posdata* —que trata de México— y también *Corriente alterna* —(1ª edición, 1967)—, un mosaico de fragmentos e *insights* sobre lo actual —en palabras de Sebastiao Uchoa Leite— que, al insertarse en la corriente vital del espíritu moderno, trabaja también con la política.

Haroldo de Campos: En tu ensayo pionero sobre el pensamiento político de Octavio Paz («El poeta, la palabra y la máscara»), publicado en